



**Género: novela**  
Romántica erótica

**Calificación: esta novela contiene escenas sexualmente explícitas m/m**

## **Capítulo 1: Huyendo**

### 1

La lluvia golpeteaba sobre el techo con un rítmico sonido incesante y comenzó a adormilar a Armando, que intentaba leer. Lo que menos deseaba era moverse en esa mañana de domingo, y no había razón para hacerlo. Vivía solo y no tenía que trabajar... ni siquiera tenía trabajo.

El hombre, que descansaba en ese momento sobre la cama vestido sólo con unos pantalones cortos, tenía treinta y dos años, aunque aparentaba menos. Era bastante más alto que el promedio y eso hacía que quienes lo rodeaban lo mirasen con cierto respeto. Su cabello era corto y negro, con algunas canas que él se empeñaba en arrancar. La incipiente barriga que tenía cuando vivía en la ciudad había desaparecido, producto de sus constantes caminatas por los alrededores del pueblo de Lamas, lugar escogido por él para su retiro. Además, estaba bronceado y eso le daba un aspecto distinto. Si sus amigos lo encontrasen, quizá no lo reconocerían de primera impresión.



Suspiró imperceptiblemente.

Él había escogido alejarse de todo e ir a vivir en un lugar alejado y tratar de olvidar.

¿Por qué, de todos los pueblos alejados del Perú, había escogido precisamente Lamas?

La razón era sencilla: conocía el sitio por fotos y era precioso. Un pequeño paraíso de la amazonía peruana, rodeado de montañas, cascadas y abundante vegetación. Un lugar en el que el cielo es más celeste que nunca durante las horas calurosas, y que se enciende con fuego al atardecer, antes de desaparecer entre las montañas. Había llegado a amar la selva con la pasión que sólo puede despertar un amante. Amaba la selva, pero no se había enamorado de nadie allí. Seguía solo. Tan solo como cuando llegó.

Lamas es un pueblo pacífico, que parecía extraviado en el tiempo, y que había sido llamado por el historiador Antonio Raimondi «La Ciudad de los Tres Pisos», por hallarse en tres niveles de terrazas en una colina de ochocientos metros. Al encontrarse a cierta altura, el calor no es tan sofocante como el de la vecina ciudad de Tarapoto, cuna del movimiento turístico y comercial del departamento de San Martín, que queda a veintidós kilómetros.

Armando conocía cada rincón del pueblo, pero le gustaba particularmente el nivel más bajo, conocido como Wayku, habitado por los Campas, descendientes de los legendarios Chankas, pobladores que hablaban un dialecto combinado de Quechua y Cahuapana, éste último, dialecto de la selva. Era un pequeño grupo humano que aún conservaba intactas sus tradiciones milenarias.

La casa de Armando se encontraba en el segundo nivel frente a la plaza del pueblo y a la iglesia. Allí también estaba la zona comercial y las discotecas, muy concurridas durante los fines de semana en los que empresarios de Tarapoto llevaban a divertirse a sus amigos. El tercer nivel, llamado El Mirador, era también uno de sus lugares favoritos, pues desde su cima podía ver todo el pueblo.

Un trueno a lo lejos hizo que el hombre atisbase por la ventana la densa lluvia que bañaba la ciudad. En el tiempo que llevaba allí, había aprendido que esas lluvias podían durar unas horas o varios días, durante los cuales prácticamente se paralizaba todo el pueblo.

Llevaba un año en Lamas, luego de que, desesperado por olvidar las circunstancias de la muerte de su amante y alumno, hubiera renunciado a su cargo de Gerente de Proyectos de la prestigiosa ABZ Consulting y a su trabajo de catedrático en la Universidad Peruana de Ciencias de Ingeniería.

Había decidido alejarse de todo lo que representaba su vida anterior y había tenido éxito. El alquiler de su departamento en Lima le daba lo necesario para vivir y sólo su inquilino y mejor amigo sabía su paradero. Armando recibía todos los meses un sobre con el dinero, porque tampoco deseaba depender del sistema bancario interconectado. Se había vuelto un paria tecnológico.

El libro que leía hablaba irónicamente de la gestión del conocimiento en la Era Digital. Lo había visto en una librería de Tarapoto, días atrás, y no había resistido la



tentación de comprarlo. Intentó concentrarse en la lectura, pero sentía que la modorra iba apoderándose más y más de su mente.

Las letras danzaron, borrosas, ante sus ojos:

«Albert Einstein dijo: La imaginación es más importante que el conocimiento, y luego agregó: formular preguntas y posibilidades nuevas, ver problemas antiguos desde un ángulo nuevo, requiere imaginación creativa y es lo que identifica el verdadero avance en la ciencia.»

Imaginación... conocimiento...

¿Puede la imaginación superar el valor del conocimiento en las empresas? Desde luego que la imaginación no es rentable a menos que se use para resolver problemas... o que uno sea cineasta o novelista...

La mente de Armando divagó pensando inevitablemente en su concepción particular del conocimiento: el Sistema Nervioso Digital de las empresas, término acuñado, cuándo no, por Microsoft, para vender sus productos. Aunque para él tenía connotaciones menos comerciales y mucho más siniestras.

Cerró el libro, poniéndolo sobre su pecho y sus ojos se cerraron lánguidamente. Por un momento, presa de la deliciosa irrealidad que se siente al empezar a quedarse dormido, se preguntó si habría soñado todo y si despertaría en su departamento de Lima y no en ese pueblito perdido en medio de la selva.

Pero el inconsciente le decía que no era un sueño... que Rafael había existido... que quizá existía aún.

## 2

Tres golpes secos en la puerta hicieron que Armando despertase sobresaltado, y el libro cayó al piso con un golpe seco.

—¡Maldición!

¿Quién podría ser? Él no se relacionaba mucho con los habitantes del pueblo y de cualquier modo, con semejante lluvia era poco probable que alguien saliera a hacer una visita social.

Los golpes se hicieron más urgentes y apresurados y Armando se levantó maldiciendo, se puso los anteojos que había dejado a un costado de la cama y se echó encima una camisa.

Abrió la puerta, dispuesto a echar a cualquier vendedor de una buena puteada, pero se detuvo en seco al ver en el umbral a un muchacho muy distinto a todos los que había visto en el pueblo.

Vestía pantalones cortos y sobre ellos un impermeable amarillo. Tenía unas enormes botas negras para la lluvia y llevaba un paraguas. Su mano libre apretaba contra su pecho un envoltorio de plástico.

—Buenos días, ingeniero. ¿Puedo pasar?



Armando asintió, preguntándose cómo demonios sabría su profesión, cuidadosamente ocultada a los habitantes del pueblo.

—Mi tía Enith dijo que usted podía ayudarme. Tengo problemas con mi portátil. — El muchacho abrió su impermeable y sacó el envoltorio, quitándolo, para descubrir una computadora portátil IBM—. Mi tía dice que usted es un experto. Soy Aldo Guerrero —aclaró, tendiéndole la mano—, vivo en Lima y me enviaron aquí de vacaciones forzadas.

Armando lo examinó sin decir nada. Era delgado y un poco más bajo que él, con el cabello castaño oscuro corto y unos preciosos ojos negros, enmarcados en espesas pestañas. Si era sobrino de Enith Guerrero, no se le parecía; pero eso explicaba que supiera sobre él, pues hasta donde conocía, nadie en el pueblo, aparte de Enith, sabía que era ingeniero. Y era inevitable que la mujer lo supiera pues ella era quien le alquilaba la casa en la cual vivía y quien había firmado el contrato de arrendamiento en el que se especificaba su profesión, aunque siempre se había conducido con la mayor discreción, respetando así sus deseos.

¿Por qué demonios se lo había dicho a ese mocoso?

Aldo arqueó las cejas al ver la expresión huraña que Armando le dedicó.

—¿Puede arreglarla o no?

No hubo respuesta.

—Bueno, es igual. Me la llevaré a Tarapoto. Estoy harto de este maldito pueblo y apenas he llegado ayer... disculpe la molestia. —Aldo tomó nuevamente el envoltorio plástico para el maletín de la portátil, pero Armando lo atajó.

—Espera. Al menos déjame intentarlo. ¿Qué le pasa?

Se sentaron en los muebles de mimbre del recibidor. Aldo se quitó el impermeable y empezó a explicar:

—Cada vez que abro el Internet Explorer aparece una página de búsquedas, *My Search* algo, y no me deja ir a ningún sitio más. Si tecleo otra dirección, funciona a veces, pero generalmente me lleva de nuevo a la misma página inicial.

—Tienes un *spyware*<sup>1</sup>, o varios de ellos —sentenció Armando—. Necesitaremos un programa que los elimine.

—No puedo navegar, ya se lo dije —exclamó frustrado el muchacho—. Es igual... con esta lluvia ni siquiera han abierto la única cabina Internet del maldito pueblo. Iré a Tarapoto. —Se levantó.

—¡Espera! ¿Quieres dejarme pensar? Siempre hay una solución para cualquier

---

<sup>1</sup> Spyware: Los programas espía o spyware son aplicaciones que recopilan información sobre una persona u organización sin su conocimiento. La función más común que tienen estos programas es la de recopilar información sobre el usuario y distribuirlo a empresas publicitarias u otras organizaciones interesadas, pero también se han empleado en círculos legales para recopilar información contra sospechosos de delitos. Además pueden servir para enviar a los usuarios a sitios de internet que tienen la imagen corporativa de otros, con el objetivo de obtener información importante.



problema informático.

—Es lo que dice mi profesor.

Armando lo miró atentamente, con una leve inquietud en la boca del estómago.

—¿Dónde estudias?

—En la UPCI<sup>2</sup>. Paso a quinto año de Sistemas.

—Ah. —Armando enarcó las cejas—. Pues para ser alumno de quinto año, pareces bastante impulsivo al resolver una crisis. ¿Quién es ese profesor?

Aldo sintió deseos de enviar a la mierda a ese ingeniero desconocido que parecía tan interesado en su vida académica, pero era el inquilino modelo de su tía y el muchacho apreciaba su vida, de modo que respondió de mala gana:

—Alberto Salinas. Debe haber oído de él, es una especie de gurú nacional. Me enseñó Sistemas de Información Empresariales y ahora tomaré con él Tópicos Avanzados de Sistemas. Es un completo desquiciado.

Armando sonrió por primera vez. Sí, la última frase le iba muy bien a Beto, el más entrañable de sus colegas de la UPCI.

—¡Un momento! —exclamó Aldo. Armando alzó la mirada y se alisó el cabello, como hacía cuando se ponía nervioso. Sus ojos hicieron contacto—. ¡Usted es Armando Gutiérrez! Vi su foto en la página de la universidad. ¿Qué hace usted aquí?

—Eso es asunto mío y te agradeceré no mencionarlo. —Fue la seca respuesta. De todos los estudiantes de ingeniería de sistemas del Perú, tenía que haber venido a su casa precisamente uno de la UPCI; y para colmo, lo había reconocido—. ¿Quieres que te ayude con eso o no?

Aldo le tendió la portátil de mala gana y Armando la encendió, sintiendo un hormigueo en el estómago. Era la primera vez que tocaba una computadora desde su llegada a Lamas y se sorprendió al notar que ese mismo día se cumplía exactamente un año de ese evento.

—¿Contraseña? —murmuró mecánicamente, haciéndose a un lado para que Aldo pudiera teclearla con comodidad.

—«Suerte» —dijo el muchacho. Armando no se movió—. Dije «suerte». La contraseña es «suerte».

—Nunca, jamás, reveles una contraseña —replicó Armando, tecleando la palabra. El muchacho le hizo una mueca.

—Va a necesitar una conexión telefónica. En Lima tengo Speedy, pero acá todo lo que pude obtener es una cutre conexión telefónica con tarjetas.

Los ojos de Aldo vagaron buscando el final del cable de teléfono que bajaba del techo e iba pegado a la pared, hacia otra habitación. Entró en ella y descubrió que el

---

<sup>2</sup> UPCI: Universidad Peruana de Ciencias de Ingeniería. Es una universidad ficticia.



cable terminaba junto a una mesita, pero no había ningún aparato.

—¿No tiene teléfono?

—No lo necesito.

—Pero la línea...

—Pago puntualmente los recibos. Si quieres, pregúntaselo a tu tía —dijo lentamente Armando—, pero no necesito un teléfono y es mi derecho no usarlo.

—Con razón ella se queja de que jamás responde las llamadas —murmuró Aldo, girando para examinar la habitación.

Era una especie de estudio, con dos estantes en los que había diversas novelas, pero su rápido examen no detectó ningún libro de informática o de gestión. Había un escritorio y sobre él, varios ejemplares del diario «El Comercio» cuidadosamente doblados. Era una habitación muy extraña para un ingeniero de sistemas: no había computadora.

—¿Esperabas algo más? —preguntó Armando, con expresión de pocos amigos.

—No en realidad. ¿Va a conectarla o qué?

Armando miró con aprensión el pequeño conector telefónico. No tenía deseos de entrar a la red, pero tampoco le gustaba admitir que hubiera algo que él no pudiera hacer. El muchacho habría sido su alumno en otras circunstancias. Además, si entraban a Internet, sería con el usuario de Aldo y no había modo de relacionar al chico con él.

—Adelante, conéctate e intenta entrar a [www.zonavirus.com](http://www.zonavirus.com) —ordenó.

Después de varios intentos infructuosos de conexión, Aldo le mostró, frustrado, su imposibilidad de cargar la citada página.

—Mierda —murmuró.

—Déjame ver.

Los ágiles dedos de Armando examinaron el historial del Internet Explorer donde halló algo que no se esperaba: páginas pornográficas gays, descargas de videos, relatos eróticos, juguetes sexuales.

—¡Hombre! —exclamó. Aldo se puso rojo como la grana—. Bueno, tampoco es el fin del mundo. ¿Qué, nadie te enseñó que esas páginas están llenas de *spywares*?

—No —murmuró el muchacho, sin levantar la vista del piso.

—Ya. —Armando comprobó los protocolos y alzó la mirada del monitor—. Debo tener un programa contra *spywares*, es antiguo, pero podemos usarlo y luego descargar una actualización.

El hombre se frotó las manos, había encontrado una solución que no lo ponía en riesgo. Además, descubrir que Aldo y él tenían en común ser gays le había producido un perverso placer. Se levantó y sacó de un olvidado cajón una portátil idéntica a la del muchacho. Por un momento, recorrió con nostalgia el teclado, la encendió y suspiró.



Allí, entre sus ficheros meticulosamente ordenados, estaba el programa requerido.

En ese momento, volvieron a tocar la puerta.

—Cópialo en este *diskette* y ejecútalo en tu portátil. Ahora vuelvo, tal parece que es mi día de visitas inesperadas.

### 3

Armando volvió, contrariado por haber tardado tanto para negarse varias veces, en medio de la lluvia, a ir de excursión al día siguiente a las cataratas de Ahuashiyacu, con las hijas del dueño de la tienda de abarrotes.

Era un verdadero fastidio que lo buscaran con tanta insistencia y en un momento se sintió tentado a decirles que era gay, pero lo descartó porque no quería traer un innecesario interés hacia su persona.

El hombre entró al estudio y se quedó paralizado en la puerta, para luego correr y desconectar violentamente el cable telefónico de su portátil.

—¿Quién te dijo que podías entrar a Internet desde mi equipo? —exclamó, furioso.

—¡Lo siento! Yo sólo pensé que era mejor bajar aquí la actualización...

—¡Mierda!

—Lo siento... —balbuceó Aldo.

—¡Mierda!

—Ya dije que lo sentía... —murmuró—. Ah... lo estuvo llamando una amiga suya, por *Messenger*<sup>3</sup>. *Cybersoul* o algo así...

Armando palideció y miró la pantalla, donde la ventana del *Messenger* estaba aún abierta.

**Cybersoul: A momentary lapse of reason - dice:**

Hola, mi amor ¿me has olvidado?

—¡Largo de aquí! —Fue su grito irritado y aterrado a la vez, y Aldo salió de allí a toda prisa, prometiéndose a sí mismo jamás volver.

### 4

Era de noche cuando Armando volvió a la casa, calado hasta los huesos.

Luego de echar a Aldo, había guardado bajo llave su portátil, se había vestido y tomado su paraguas, para salir a caminar hasta El Mirador, el lugar más elevado del pueblo, en donde vivía el único amigo que había hecho en el tiempo que llevaba allí.

Marbel Téllez era todo un personaje. Profesor de historia jubilado y dueño de un

---

<sup>3</sup> Messenger o MSN: Programa de mensajería instantánea de Microsoft.



restaurante turístico famoso por su cebiche vegetariano, era una fuente inagotable de leyendas locales que Armando amaba escuchar. Su favorita era la leyenda sobre el origen de Lamas, que ese día había vuelto a oír, aunque sin el interés de siempre, pues su mente estaba ocupada en otra cosa.

Había pasado la tarde platicando con Marbel, bebiendo chuchuhuasi<sup>4</sup> y comiendo a intervalos cecina con plátano frito. De ese modo, había llegado a enterarse de que Aldo Guerrero era hijo único del hermano de Enith, que enfrentaba un proceso de divorcio y que por eso había enviado al muchacho a pasar las vacaciones con su tía.

Saber eso había suavizado el enojo que sintió contra el muchacho, él sabía en carne propia lo que se sentía ver divorciarse a los padres y destruirse su hogar. Aunque hacía mucho tiempo de eso y sus padres ya habían muerto, aún recordaba el dolor que sintió en esa época.

A las ocho se había despedido de su amigo, luego de coger una borrachera de los mil demonios y por eso había salido del restaurante en medio de la lluvia, sin acordarse siquiera de su paraguas y había tropezado aparatosamente metros antes de llegar a su casa, llenándose la ropa de barro y maldiciendo las calles sin asfaltar del pueblo.

Tambaleándose, se metió al baño y se duchó largamente, quitándose los restos de barro. Sólo quería recostarse y dejar de pensar.

Se puso el pijama y se metió en la cama, pero no pudo dormirse, la bebida había estimulado algunas partes de su cuerpo a tal punto que sólo necesitó evocar el rostro de Aldo para comenzar a masturbarse furiosamente y acabar entre espasmos, en medio de las sábanas.

Disipado en parte el efecto de la bebida, Armando se encogió nuevamente, con una punzada de culpabilidad. En la confusión de su borrachera, pensaba en Rafael y al mismo tiempo en Aldo, sabiendo que si su amante siguiera vivo, estaría furioso al saber lo que acababa de ocurrirle.

Gimió suavemente y comenzó a sentirse miserable cuando su mente se llenó de recuerdos.

—Rafa —musitó contra la almohada y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él podría haberlo evitado, si tan sólo se hubiera dado cuenta a tiempo.

Podría, pero no lo había hecho por estar demasiado absorto en su trabajo como para notar lo mucho que Rafael había cambiado.

Lo había abandonado cuando más lo necesitaba y no podía perdonarse por eso. Pero luego, cuando todo empezó, únicamente pudo pensar en huir.

«Cobarde —le decía su mente embotada de alcohol—. No quieres afrontar lo que pasó, por eso viniste aquí... ¡Cobarde!»

---

<sup>4</sup> Chuchuhuasi: bebida afrodisíaca de la selva peruana, preparada con aguardiente de caña y corteza del árbol de su mismo nombre, que posee propiedades medicinales.



—Perdón... Rafa, perdóname —gimió, hablándole a la sombra que proyectaba el árbol que había en el patio—. No me persigas, por favor... déjame en paz...

Se encogió en la cama, gimiendo y maldiciendo su cobardía, porque había huido, incapaz de afrontar su mayor temor: descubrir exactamente qué había pasado con Rafael.

Y esa noche, después de un año, sus sueños estuvieron plagados de pesadillas.